

Luis Merino Reyes

El exabrupto



LOVIA en forma torrencial. Sólo ocasionalmente vi el cielo azul, limpio de nubes, pero luego llegaba el viento norte, lo ennegrecía todo, llenaba el ánimo de tristeza y comenzaba a llover, como si la atmósfera se liquidara de manera progresiva e irremediable.

El alma se saturaba con este clima y los goces se encauzaban hacia la mesa del casino que animaba el teniente Faz, inventor del trago de ron con café, mezcla que adquiriría un aroma a madera recién barnizada y que nosotros bebíamos con entusiasta lealtad. La calidad del brebaje podía explicarse al vernos con blusa de brin en pleno invierno, mientras los habitantes nativos se aferraban como gatos a la orilla del fuego y nuestros caballos podían sujetarse, después del mediodía, sobre una poza de escarcha.

Como la dotación de oficiales estaba completa me asignaron un dormitorio inmenso y frío que semejaba la antesala inhóspita de una estación de ferrocarril. Sobre

mi cama el agua caía como afuera y para defenderme coloqué encima mi capa de goma, recubriendo las terrosas frazadas que me habían acompañado durante las maniobras por la pampa salitrera.

Pero ahora estaba de guarnición en el sur verde, de lomajes pequeños, siempre rebosante de barro y lluvia, de infinita lluvia. Además de la capa de goma, coloqué alrededor de mi cama, todos los tientos disponibles que había en el cuarto, dispuestos a recibir las goteras innumerables. El conjunto de aquellos métodos protectores debía resultar muy grotesco para cualquiera que llegara a visitarnos; pero la única visita trascendente era la del comandante que irrumpía en nuestra intimidad una vez en cada quincena, con el fin de revisar nuestros libros y exigir, de improviso, algunos instrumentos técnicos, necesarios para la vida de campaña, cuya adquisición nos ponía en duro aprieto, pues eran muy costosos y había que encargarlos a la cooperativa de la capital.

En una esquina del cuarto, habíamos situado, el teniente Faz y yo, nuestro escritorio repleto de libros de infantería y de artillería, tratados de balística y mimetizadas en el fondo de un anaquel, unas pocas novelas pornográficas, bastante substanciosas. Yo las llevaba a la sala de guardia cuando me correspondía hacer servicio y esperar la medianoche. Sentado, ceñido por mi capote, el cinturón y los guantes de cuero, leía frente al sargento-comandante de guardia que trazaba prolijas rayas sobre las páginas del libro de no-

vedades. Las sorpresas, por fortuna, casi nunca se producían, debiendo contestar varias veces, en el curso del día y de la noche:—No hay novedad mi capitán, no hay novedad mi mayor y no hay novedad mi comandante . . .

Se comprenderá que en la víspera de tantas novedades, me resultaba muy grato leer mis novelas pornográficas y que no experimentara vergüenza, cuando el teniente Faz, mi compañero de cuarto, me decía con sorna:—¡Lee y lee, mi alférez. a cada momento más colorado, de repente va a estallar!—Pero mi disipación no impedía o probablemente determinaba, que al regreso del servicio, experimentara una vehemente pasión por las matemáticas y que, desprovisto de mis botas, empapadas, blanquizas de tanta humedad, me instalara a concebir extraños cálculos balísticos, inspirados más en el prurito de ser sabio que en la austera y silenciosa sabiduría misma.

—Puedes irte, decía a mi asistente, el soldado León, un abstemio completo, asociado a una cofradía religiosa. El hombre se iba en silencio, sin delatar sus impresiones a través de su rostro largo y verdoso, cortado por sus ojillos indígenas.

Me quedaba meditando una hora completa, controlada hasta el último minuto y en seguida bajaba a caminar por la acera del cuartel, envuelto en el misterioso señorío de mi capa.

Paralelo al paseo céntrico, había un portal y en él los paseantes daban y volvían a dar vueltas, contem-

plándose en las vidrieras de los escaparates, conversando en forma frívola y risueña. Animo sólo aparente, porque entre esos roces imperceptibles de miradas huidizas, medias palabras y aposturas jactanciosas, se echaban los cimientos de los futuros noviazgos y matrimonios. Los primeros significaban no comer en el casino, ni beber un trago con los amigos y mucho menos «salir al norte», como se llamaba en clave maliciosa, al hecho de concurrir al cabaret del pueblo. Allí bailábamos, los solteros sin compromisos y los casados aburridos, con unas mujercitas pintarrajeadas, olorosas a cosméticos baratos, que luego nos invitaban mediante la frase sacramental:—¿Vamos a la pieza, m'hijito?— insinuación que, al ser acogida, nos evocaba lo más lejano de nuestra infancia, con la vela junto al catre humilde, proyectando sombras en la muralla cuyo único adorno era la estampa de Cristo, simbolizando su propio y sagrado corazón. Semejante ámbito resaltaba con la vuelta al servicio cuando ya amanecía y debíamos avanzar por la acera, bajo un cielo entoldado de nubes gruesas, sintiendo la lengua impregnada de tabaco y alcohol. Pero luego surgíamos estáticos totalmente dueños de nosotros mismos, frente a la fila de reclutas entumecidos, alineada bajo el techo del corredor.

Confesaré, sin embargo, que cuando mi sección realizaba sus ejercicios en la plazuela próxima al regimiento, yo acudía hasta la casa de Julia que me esperaba en paños menores bajo su abrigo de lana y la besaba con fogosa emoción, detrás de su puerta, como si la tur-

gencia algo grasosa de su piel, significara un recreo indispensable.

En cambio, nunca tuve oportunidad de satisfacer mi ambición de ser un sabio, debido a que en las academias de oficiales no me correspondió leer un tema de invierno, de modo que sufrí bastante cuando lo hizo uno de los alféreces más jóvenes y descubrí que recitaba con brillo, con una elocuencia que impulsaba a los oficiales más antiguos a mover la cabeza en señal de aprobación, todo lo que en ese mismo instante a mí se me ocurría, sensación molesta que hace experimentar, en forma repentina, a la propia sensibilidad, el dolor y la envidia que proyectan los éxitos ajenos.

Dicha coincidencia de opiniones entre el alférez y yo, provenía de que ambos leímos un mismo tratado de filosofía militar sobre el mando en cuyo texto se precisaban con refinado brillo y parca belleza literaria, todas las virtudes que encarna un hombre por el hecho de instruir a otros, hasta encauzarlos en las modalidades de una técnica y en la expansión espiritual que implica toda mística.

Pero mi ánimo se salvaba siempre gracias a la sensualidad infatigable, aunque me resultara un sacrificio acudir de visita donde el antiguo teniente Maragaño y contemplar a su mujer fina, alta y ágil, que se deslizaba frente a nosotros vigilando los atavíos y golosinas de la mesa, fijando en mí sus ojos sin mirarme, como esas actrices que se vuelven al público en el ecrán cinematográfico y clavan una mirada que entusiasma, pero

que no establece ninguna vinculación tangible. Lo que contribuía a que yo me explicara la avidez del teniente Maragaño para ir al norte, si se trataba de salir todos, a pie o a caballo, a visitar el cabaret, dejando en el casino, encerrado en su pieza de buen burgués, al capitán Esclavín, cuya esposa e hijos estaban ausentes, sustentando la base tierna de sus recuerdos.

Ocurría, en verdad, que el capitán Esclavín se oponía con nuestro modo feroz de divertirnos, pero al escuchar los discursos del teniente Faz, pronunciados desde el mesón de la cantina, usando el cruel subterfugio de mencionar en forma grandilocuente a su mujer y a sus pequeñuelos para invitarlo a la libación, olvidaba sus escrúpulos y se bebía hasta siete copas, actuando al otro día, cortante y hasta brutal, inhibido, seguramente, con la repercusión cristiana de sus sensaciones. A él le agradaban esas fiestas que, una vez cada dos meses, organizaba la oficialidad entre la gente más distinguida del pueblo, fieles todos a la hidalga consigna de que ninguna señorita podía quedarse sin bailar y de que alguien velaría por las feas y se dominaría de cortejar a las más bellas siempre rodeadas de admiradores ansiosos de estrecharlas.

Entre esas mujeres hermosas, resaltaba la mujer del antiguo teniente Maragaño y nadie podría suponer al rozar, con viril disimulo, su talle elástico y sentir sobre el pecho combado sus pechos diminutos y parados, con un botoncito agresivo en el extremo, que había dado a luz una chiquilla gorda y colorina, igual

a su padre, a quien amamantó, según aseguraba al hablar con gula de sí misma, hasta el año y medio.

Quizá si guiado por una impresión análoga, el teniente Maragaño le ordenó alto, en pleno salón, al alférez Barreto que persistía en bailar una y otra vez con su esposa, como si hubiera descubierto un chorro de agua cristalina en medio de la pampa. El alférez Barreto se cuadró al centro del salón y mientras la hermosa mujer de Maragaño ocultaba su bochorno, su cónyuge alzaba el tono de la admonición hasta llevarla al límite posible entre dos hombres, alejados del homicidio por una disciplina común.

Sólo el capitán veterinario permanecía ajeno a estas fiestas que servían para alternar con las mismas damas, asiduas paseantes de la plaza, del paseo en la acera comercial y del cinematógrafo, el único de la ciudad, situado en una barraca de paredes tan delgadas que vibraban con la tempestad como si fueran de papel. Bastaba mirarlo para explicarse por qué no participaba y hasta se oponía a esta clase de fiestas. Era un hombre gordo, rojizo y mal vestido dentro del uniforme, algo sucio, también, porque el cuello de su capote parecía insinuar que se le podía raspar la grasa acumulada; su gorra tenía la característica mancha de sudor al centro y usaba las espuelas caídas, rozando el suelo, lo que junto a su barba a medio crecer, conformaba los síntomas inequívocos de la decadencia. Sin embargo, fué un error suyo atreverse a expresar su honda disconformidad con esta clase de esparcimientos reglamen-

tarios en una reunión de oficiales que presidía, en su mismo despacho, el comandante.

—Yo no me explico a título de qué, exclamó con voz chillona, se hacen estas fiestas... La escasez de dinero nos aflige cada día más y no parece lógico que malgastemos ni un centavo...

La frase «a título de qué», sonó como un disparo. Ella traslucía la condición civil del veterinario, simplemente disfrazado con el uniforme militar y el abismo que separa a los civiles de los hombres de armas. Después de escucharla, todos nos quedamos en silencio, sonrientes en lo íntimo y quizá si hasta satisfechos con el exabrupto, pero demostrábamos un ánimo frío, impermeable a toda sensación que, observado en conjunto, perfilaba un sentimiento rígido de clan.

—Se hace la fiesta a título de que yo lo ordeno, replicó el comandante, recogiendo, como debía esperarse, los términos justos de la impugnación desgraciada. El que desee vivir solo como un salvaje, ajeno a la sociabilidad mínima que exige la convivencia en una guarnición, puede escoger un camino bien expedito: irse a la calle...

El veterinario calló enrojecido. En su pelo largo que cubría como un matorral oscuro sus orejas; en sus manos regordetas, con las uñas descuidadas y en sus ojillos escurridizos, con los párpados fruncidos, como si debieran soportar una luz demasiado fuerte, se ocultaban las fibras de un pensamiento inconcluso, cuya estructura total no pudo exhibir con elocuencia.

A la salida de la reunión, todos nos reímos de su simpleza y el teniente Faz, sin dejar de reír tampoco, dijo con voz pausada y bonachona:

—¡Pobre «vete»! Tiene cinco chiquillos y la mujer tuberculosa. Tal vez por eso se botó a socialista... Lo más divertido fué aquello de «a título de qué».

Juntamos los talones con sonoro ruido de espuelas y caminamos, riendo aún, a nuestras instrucciones, en busca de los conscriptos que nos esperaban alineados bajo los corredores grises que circundaban el patio del cuartel. La lluvia rebotaba sin reposo, produciendo una brisa húmeda, tan fría, que aceleraba nuestra impetuosa respiración.